

FILMS DE AMOR

La mujer del leopardo



NÚM.
105

25
CTS.

Jacqueline Logan - Alan Hale

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 105

LA MUJER DEL LEOPARDO

Adaptación en forma de novela de
la película del mismo título interpre-
tada por la gentil artista de la pantalla

JACQUELINE LOGAN

Producción PRO - DIS - CO

Exclusivas JULIO CÉSAR, S. A. E.

Calle Aragón, núm. 316 - Barcelona

REPARTO

Paula La Salle..... JACQUELINE LOGAN
El cosaco Cesare..... HALAN HALE
Cristian ROBERT AMSTRONG

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

LECTURA PARA TODOS

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PÉREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALAN

UNA MUJER "CAÑÓN"

TOMAS PRIETO

LA SEÑORITA CITROËN

R. PUENTE NEVOT

EL CASTIGADOR

JORGE RUEN

LAS NIÑAS DE ROSALES

J. REYGADAS

ILUSTRACIONES DE BOSCH

PORADA A TODO COLOR

32 PAGIN S DE TEXTO

PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Precio:

25 cts.

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

PRIMERA PARTE

En una pequeña ciudad austriaca, la noche del 16 de octubre, y precisamente a las ocho y cuarto, los acordes de la música de un circo ambulante llegaban hasta la cocina de una lujosa vivienda, haciendo que las dos sirvientas que había en la casa se entusiasmaran con aquella música.

—¿No sabes lo que cuentan de ese circo?—preguntó una de las criadas a la otra.

—Sí—respondió ésta—; dicen que tienen unos artistas que realizan trabajos extraordinarios, como jamás se han visto. De ahí que todas las noches esté abarrotado de público.

—No es eso lo que te preguntaba—respondió la que primeramente había hablado—. Te digo que si no sabes el misterio que cuentan de ese circo.

—¿Un misterio?—inquirió la otra, picada de curiosidad.

—Sí. Dicen que hay robos y hasta asesinatos.

—Pues entonces que se ande con cuidado nuestra ama, porque con las alhajas que siempre lleva encima puede esta noche suscitar la codicia de esos cómicos.

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando la puerta de la cocina se abrió de improviso y cayó bañada en sangre la dueña de la vivienda, a la vez que decía:

—¡Me ha matado una vieja que tenía una cara horrible!

Mientras una criada corría a auxiliar a su señora la otra abrió la ventana y, bajo la claridad que proyectaba un farol, vió desaparecer a la vieja misteriosa. Dio gritos de auxilio, y cuando los vecinos acudieron, la criminal ya había desaparecido, sin dejar rastro de su persona.

Pasaron varias noches después de aquel asesinato y en un teatro de vaudeville de Viena, una joven de admirable belleza tenía pendiente de su trabajo a todo el auditorio, que la aplaudía sin cesar, mientras que la artista, obligaba, encerrada en una jaula con varios leopardos, a hacer que éstos ejecutassen varios ejercicios. La fama de la domadora había corrido por toda la ciudad y cada noche su actuación era un éxito clamoroso.

Aquella criatura de tan excepcional belleza era conocida por todos con el nombre de



La mujer del leopardo

“La mujer del Leopardo”, aunque su verdadero nombre era Paula. Nadie, a pesar de los muchos y ricos jóvenes que la asediaban, podía vanagloriarse de haber obtenido de la artista ni la más leve sonrisa. Su camerino estaba cerrado para todo el mundo y en él no tenía entrada más que un simpático joven marinero, que era el prometido de la muchacha. Sin embargo, una noche, al en-

trar en su cuarto, después de haber terminado su número, se encontró con un señor de alguna edad, que le dijo, al ver su extrañeza:

—No se sorprenda por verme aquí. Yo tengo entrada en todas partes y, como es natural, también las puertas de su camerino se han abierto a mi nombre.

—¿Y quién es usted para tener ese poder?—preguntó Paula.

—Soy el famoso detective Juan Bortliz y he venido porque necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda?—preguntó, cada vez más extrañada, la artista—. ¿En qué puedo yo ayudarle?

—Ante todo, he de preguntarle si conoce usted a alguno de los artistas que forman parte del circo que hace un día se ha establecido en Viena.

—Yo no suelo tener trato con ningún artista—respondió ella.

—Pues he de advertirle, entonces, que ese circo, siempre que llega a una ciudad, se comete un asesinato. A sus alrededores se ve muy a menudo a una vieja horrible, de quien sospecha la policía.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?—volvió a preguntar Paula.

—Deseo que usted se contrate en el circo y con sus brillantes ojos, su sagacidad y su

gran valor, me ayude a capturar al criminal, que sigue al circo o forma parte de él.

—La verdad—respondió Paula sonriendo—, no tengo ganas de convertirme en ninguno de sus auxiliares, con riesgo de mi vida.

—Pero a usted podría convencerle ganar veinte mil coronas, con las cuales podría realizar su ambición, que es la de comprar un barco para su novio.

Paula abrió desmesuradamente los ojos y exclamó, estupefacta:

—Parece que está usted muy enterado de mis asuntos particulares... señor detective.

—Es nuestra misión saber la vida de casi todo el mundo. Esto nos suele facilitar mucho nuestro trabajo.

La recompensa era tentadora, más que por nada porque con aquel dinero podría ver realizar la ilusión más grande de su vida: la de casarse con Cristian Ralston, el hombre a quien amaba.

El detective, al verla dudar, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Acepta usted?

—Acepto—exclamó, decidida, Paula—. ¿Tiene usted algún indicio que pueda poner sobre la pista al criminal?

—Ya le he dicho el único que poseo. El de que siempre se ve a una vieja a los alrededores del circo.

—Pues yo procuraré descubrir lo demás — exclamó Paula.

El detective fué a salir; pero antes se sacó de un bolsillo una medalla y se la entregó a la muchacha, diciéndole:

—Aquí tiene usted un distintivo para hacerse reconocer. Procure llevarlo siempre encima; muy bien puede usted colocárselo en la liga, donde nadie se lo verá.

Y, concertado el trato, salió del camerino de la joven, que quedó por unos momentos sin saber qué partido tomar. La sorpresa todavía no se había disipado hasta que, haciendo un gesto de resolución, exclamó para sí misma:

—La recompensa bien merece que me exponga algo. Esta misma noche iré al circo para ver la manera de que me contraten.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo *ly se lo mandarán gratis a BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona*

SEGUNDA PARTE

Paula se vistió lo más llamativamente que pudo, compuso su rostro con refinada coquetería y se miró al espejo. Quedó satisfecha de su trabajo, se sentía hermosa y estaba segura de que con esta arma tan poderosa, bien esgrimida, sería difícil que no saliera airosa de la empresa que iba a emprender.

Media hora después, se hallaba en el circo, donde todo el mundo se encontraba preparando los números que habían de ejecutarse al día siguiente, y Paula se fué directamente al director.

—¿Es usted el director? —le preguntó—. Paula.

—Sí, señorita —respondió éste—. ¿Qué se ofrece?

—Yo soy Paula La salle, “La mujer del leopardo”, y venía a ver si podría usted contratar mi número.

—Imposible —respondió el director—. La plaza de domador está ya ocupada.

Mientras hablaba con el director, uno de los artistas del circo, que actuaba de cosaco,

no le quitaba la mirada a la joven, y al ver que el director la dejaba sola, se acercó a ella y le dijo:

—Señorita, ya no hay tren para que pueda usted trasladarse a Viena. ¿Por qué no se queda usted con nosotros hasta mañana?

Ella comprendió, con esa intuición propia de la mujer, que aquel hombre podía serle de alguna utilidad y le dirigió una mirada incendiaria, a la vez que le decía:

—Venía en busca de colocación y me la ha negado el director.

—Entonces, permítame que me presente yo, por si puedo serle de alguna utilidad: soy el cosaco Cesare Zamitov, y desde este momento un rendido admirador de usted.

—¿Acaso es usted acróbata?

Paula hizo un gracioso mohín con la cabeza, dándole a entender que se equivocaba.

—¿Bailarina? —volvió a preguntar él.

Paula se acercó más al cosaco y, envolviéndole con su mirada de suprema coquetería, le hizo una nueva señal negativa, a la vez que le decía:

—¡Soy domadora!

—¡Magnífico! —exclamó el cosaco—. Yo soy propietario en parte del circo y creo que podríamos darle alojamiento aquí.

Paula dió un grito de espanto en aquel momento, al ver que un enorme orangután se le echaba encima.

—No tema —procuró tranquilizarla el cosaco—. Es Lena y tiene celos de todas mis amigas.

Paula se tranquilizó un tanto; pero, al volver la cabeza, mientras que Cesare hacía marchar al orangután, vió que de uno de los vagones del circo se levantaba misteriosamente una cortinilla y aparecía la cara de una vieja horrible.

—Pronto he descubierto el personaje que me hacía falta —se dijo a sí misma.

El cosaco había vuelto a su lado y le explicaba las cualidades de aquel animal, diciéndole:

—Es un animal inteligentísimo. Yo le enseñé todo lo que sabe, y a la menor señal mía, hace cuanto la ordeno.

—No obstante, debía usted enseñarle a no asustar a sus amigas de este modo —exclamó sonriendo Paula.

Sus miradas y aquella sonrisa hechicera terminaron por enloquecer al cosaco, que quiso celebrar el acontecimiento de su llegada con un banquete, para lo cual le dijo:

—Mañana, noche, después de la función, nos reuniremos todos y celebraremos con una cena su ingreso en el circo.

La presencia de Paula en el circo despertó, como es natural, los celos del domador Héctor, que adivinó en aquella mujer una competidora. Cuantas veces intentó ella ha-

blar con él otra tantas que la rechazó el domador, y Paula, convencida de que nada obtendría de aquel hombre, se dedicó durante el resto del día a coquetear con Cesare, que se había entregado por completo a la pasión que en él había despertado la belleza de la joven.

A pesar de su vigilancia, no pudo volver a ver a la vieja de la noche antes y le preguntó a Cesare por ella, el cual respondió:

—Es una pobre mujer que viaja con nosotros. Ella nos hace de sirvienta y pasa desapercibida para todo el mundo.

—¿Y cómo no se presenta ante el público? —inquirió Paula.

—Porque es fea como un demonio —respondió él—. Además, yo le tengo prohibido que lo haga. Pero olvide a esa mujer, que no puede interesarle. ¿Acaso no estoy yo aquí, que debo de serle más interesante?

Paula sonrió con deliciosa frialdad y le respondió:

—Ya sabe usted que le estoy muy agradecida. Gracias a su apoyo he podido obtener la colocación que buscaba.

—Pero es que yo no quiero solamente su agradecimiento. Es usted demasiado hermosa para no despertar en el corazón de cualquier hombre una fuerte pasión... ¿Me amará usted? —le preguntó, emocionado.

—¡Quién sabe!... Tal vez cuando pase el



—¿Me amará usted?

tiempo... Por ahora no me inspira usted más que una gran simpatía.

Durante todo el día, Paula no volvió a ver más al orangután, y cuando terminó la función de aquella noche en uno de los carros donde viajaba el circo se había preparado una gran mesa y en ella tomaron parte los principales artistas del circo. Cada hombre tenía a su lado su pareja y, como puede suponerse, la pareja de Cesare era, desde luego, Paula, que a duras penas podía contener las expansivas manifestaciones que de su amor quería hacerle el cosaco.

El abuso de bebida trajo consigo la natural alegría, y al llegar a los postres, el orangután, que se había escapado nuevamente de la habitación de Cesare, apareció y fué a meter la mano en el plato donde comía el domador. Este, indignado por la presencia del animal, tomó un cuchillo e intentó clavarle la mano, pero el orangután la retiró rápidamente, sin que Héctor consiguiera otra cosa que dejar el arma clavada en la mesa.

—¡Es intolerable! —exclamó— que este animal venga a comer donde estamos las personas!

Cesare le dirigió una mirada de profundo rencor y exclamó a su vez:

—Tienes razón, Héctor. Yo mismo conduciré a Lena para que se oculte en su cuarto

y te prometo que no volverá a molestarte más.

Paula miraba sorprendida las miradas de odio que uno y otro se dirigían, cuando por la ventanilla del coche en que se hallaban vió aparecer la cabeza de la vieja, que, al verse descubierta, se retiró inmediatamente.

Ahogó un grito de espanto y consiguió mantenerse serena, cuando vió a su lado nuevamente a Cesare, después de haber encerrado a la mona.

El incidente pareció quedar olvidado y todos se dedicaron a la alegría que los envolvía anteriormente.

Héctor, que indudablemente no se hallaba a gusto en la reunión, sacó su reloj para consultar la hora y su novia, al ver la rica alhaja, lo tomó de sus manos, diciéndole:

—Nunca te había visto este reloj. ¿Cuándo lo has comprado?

El domador no contestó a la pregunta de la joven y éste siguió diciéndole:

—¿Estas iniciales no son las tuyas?

Aquella declaración acabó con la paciencia del domador, que, recogiendo el reloj, repuso, malhumorado:

—Son de quien a ti no te importa. Me voy, es tarde y estoy cansado del trabajo de esta noche.

Salió del vagón, mientras que los que quedaban reían y cantaban alegremente, sin sospechar la tragedia que se cernía sobre el circo.

TERCERA PARTE

Al poco rato de salir Héctor, unos gritos desgarradores llamaron la atención de todos los artistas, que corrieron hacia el lugar donde partían; pero cuando llegaron ya era tarde. Tendido a la puerta de unos vagones, Héctor se retorcía en las convulsiones de la muerte y su novia se arrojó a él, preguntándole.

—¡Héctor, amor mío!... ¿Quién ha sido el asesino?

El moribundo hizo un esfuerzo extraordinario y sólo pudo responder.

—Ha sido una vieja... Una vieja horrible.

Quiso seguir hablando, pero fué inútil su esfuerzo. El desgraciado había dejado de existir y mientras que la pobre muchacha lloraba abrazada al cuerpo de su amado, otros exclamaban:

—¡El asesino debe estar aquí, entre nosotros!... ¡Avisemos a la policía!

Cesare miraba fijamente al muerto, sin responder una palabra, hasta que, finalmente, exclamó:

—Las últimas palabras de Héctor fueron: "Ha sido una vieja horrible"... ¿Dónde está Granny Meyer?

Nadie la ha visto por aquí—respondieron varios artistas, aludiendo a la vieja que Paula había visto ya por dos veces desde que hizo su aparición en el circo.

—¡Estará en su vagón!—exclamó Cesare.— ¡Id a buscarla!

Cuando apareció la vieja su palidez fué mortal al ver el cadáver del domador. La policía también había llegado y acosaba a palabras a la pobre mujer, que, medio aturdida, exclamó:

—No sé nada; lo único que siento es un desfallecimiento horrible... Dadme un poco de beber, si no no podré contestar.

La contestación a las palabras con que la interrogaba la policía no daba ninguna luz al crimen y Paula, fijándose en la debilidad de aquel ser, exclamó:

—Es imposible que el débil brazo de esta pobre mujer haya podido matar al domador. Aquí debe haber otro asesino. A ése es al que debemos buscar.

—¿No sospechará que haya sido yo?—exclamó malhumorado Cesare.

—Tampoco he dicho eso—respondió Paula, por cuya imaginación cruzó una idea horrible, idea que, a medida que se sucedían los hechos, iba tomando más fuerza en ella. Creía que había dado con el misterioso asesino; es decir, no le cabía duda que el criminal era Cesare. Sólo hacía falta poder descubrirlo y entregarlo a la policía. Para ello siguió afectando completa ignorancia y, muerto Héctor, ella ocupó el lugar que el domador había dejado vacante en el circo.

Cesare, por su parte, no la dejaba un solo instante. Se había convertido en su sombra, y una tarde, cuando llegó su prometido, el cosaco, al ver la solicitud de la joven, le preguntó:

—¿Es amigo tuyo?... Preséntamelo.

Paula, sin titubear, fué hacia él y se lo presentó, diciéndole:

—El señor Cristian Ralston... mi prometido.

Aquellas palabras ofuscaron la mente del enamorado Cesare y, poseido por unos celos infernales, exclamó, a la vez que tomaba una herradura que había clavada en la puerta de un carro, para demostrar su fuerza hercúlea:

—Está escrito en las estrellas... que Pau-



—Te repito que me es imposible

la... se casará... con un hombre fuerte, un atleta.

A cada palabra iba doblando la herradura, como queriendo significar que con la misma facilidad que doblaba aquel hierro podría ahogar entre sus manos al que osara quitarle a Paula.

Cristian no se amilanó por aquel alarde, sino que, tomando la dobrada herradura que el cosaco había arrojado despectivamente a los pies del marino, comenzó, a la vez que volvía a enderezarla:

—Las estrellas... nunca mienten..., pero no porque lo digan y se envanezcan... todos los cosacos del mundo...

La herradura había vuelto a su primitivo estado y Cristian la arrojó a los pies de Cesare con el mismo desprecio que él lo hiciera momentos antes.

La paciencia del cosaco llegó a su límite y se acercó a Cristian, diciéndole:

—Yo me como a todos los marineritos de agua dulce.

Antes que Cristian pudiera contestar, Lena había salido de su cuarto y llevaba una pelota de grandes dimensiones, con la que jugaba, arrojándola de un lado a otro. Cesare, al ver al orangután, palideció de pronto y echó a correr para apoderarse de la pelota que llevaba el animal. Aquel acto no pasó desapercibido para Paula, que, sin dar la menor señal de sorpresa, entró a su carro, seguida de su novio, que le preguntó, celoso de Cesare:

—¿Qué haces en este circo y qué hablabas con ese tipo, que parece que eres muy afiga?

—No te lo puedo decir, Cristián—respondió la joven—; pero debes confiar en mí, porque todo lo que hago lo hago porque te amo.

—Pues si es verdad que me amas tanto como dices, te ruego que me digas qué es



—Si no vienes piensa que me he muerto para ti

lo que haces al lado de ese fantasma—exigió nuevamente el marino.

—Te repito que me es imposible decírtelo—respondió otra vez Paula, acariciando a su novio. Y cuando ya lo vió convencido, le dijo—: No puedes figurarte las ganas que tenía de verte; ha pasado ya cerca de una semana desde la última vez que te vi.

—Pues ya que he vuelto no pienses que voy a dejarte en este sitio; ahora mismo te vienes conmigo y dejas este circo, del que se dicen tantas cosas.

—Es imposible, Cristian. Tengo una misión que cumplir aquí y no me iré hasta que la haya terminado. Ya solamente es cuestión de horas.

—Bueno, pues esta noche te espero con un bote en el puerto para ir a casarnos a bordo. Si no vienes, piensa que me he muerto para ti—exclamó Cristian, haciendo además de salir.

Paula lo detuvo, pensando que sin él todo su trabajo no tenía otro objeto y le dijo:

—Está bien; a las nueve te iré a buscar al muelle para casarnos.

Estas últimas palabras fueron oídas por Cesare, que en aquel momento entraba, y comprendió que la joven pretendía huir de su lado. No obstante, hizo una cómica reverencia a Cristian, que salía, y cuando quedó solo con Paula, le dijo:

—¿Es cierto que se marcha usted esta noche?

—No tenía otro remedio que decirle eso para que me dejara tranquila — respondió ella.

—Entonces, no es cierto que le ama?

—Le amaba, pero su carácter dominador me ha convencido de que con él no seré feliz y no pienso casarme. Quería esta noche dar un escándalo y he preferido engañarlo de esta forma.

—No tenía necesidad — respondió jactanciosamente Cesare—. Yo me hubiera bastado para que ese marinero de agua dulce no la molestase más.

Y, convencido el cosaco de las palabras de Paula, salió del cuarto para preparar los números de aquella noche.

Este momento fué aprovechado por Paula para encaminarse al carro que pertenía a Cesare e inspeccionarlo todo. Sobre una mesa encontró la pelota con la que jugaba horas antes Lena, y al apartarla con la mano, oyó un ruido extraño en su interior. La sospecha que la conducta de Cesare había despertado en ella se confirmó aún más e intentó abrir la pelota. Después de algunos esfuerzos, consiguió hacerlo y halló en su interior una gran cantidad de joyas y, entre ellas, el reloj que Héctor había enseñado la noche anterior. Aquel descubrimiento la convenció de que el miserable cosaco se valía del orangután para estrangular a las personas que quería robar. La prueba no podía ser más convincente y con ella sería más que suficiente para hacerle detener y que confesase sus delitos.

Volvió a cerrar la pelota, guardándose las joyas, y se puso a escribir inmediatamente al detective para que viniese; pero antes, por si acaso era sorprendida, escribió otra carta

a un personaje imaginario. La carta que dirigía al detective decía:

“Venga en seguida, dispuesto a actuar. Hay noticias muy importantes.

PAULA LA SALLE”

Su precaución no había sido inútil, puesto que no había hecho más que terminar de escribir la segunda carta, cuando se presentó Cesare y en sus ojos se reflejó tal duda, que Paula, para disiparla, le entregó la carta que antes había escrito, diciéndole:

—Veo que no ha creído lo que le dije antes y, para que se convenza, le ruego que lea esta carta.

El cosaco no se hizo repetir la orden y, tomando la carta, leyó:

“Señor don José Blum: Embarquen la nueva jaula para mi leopardo.

PAULA LA SALLE”

—He encargado una nueva jaula para uno de mis gatitos y le ruego que vaya usted mismo a depositarla a Coreos.

—Inmediatamente iré—respondió el cosaco, tranquilizado del todo, después de haber leído el contenido de la carta. Pero lo que él no podía pensar es que mientras se dirigía a la oficina de Correos, Paula ,para ganar

tiempo, telefoneaba al detective, diciéndole lo mismo que le escribía en la carta que había pensado enviarle.

En el circo todo seguía la rutina de siempre y nadie hubiera sospechado el drama que interiormente vivía alguna de sus personajes. Aquella noche, como todas, el público había llenado la totalidad de las localidades. El espectáculo de Paula llamaba la atención y cada día su éxito era mayor. Encerrada en su jaula con un terrible leopardo, parecía tener en su mirada un poder magnético que dominaba al animal y le hacía ejecutar los más difíciles trabajos. La costumbre había hecho que ella no sintiera ya el menor cuidado por el peligro que corría y la noche que se sucedían los acontecimientos que acabamos de referir se hallaba encerrada con el leopardo, obligándole a hacer el ejercicio, cuando, de pronto, le falló el látigo y el animal, al verla indefensa, se lanzó sobre ella. Fué un momento de terror entre todos los espectadores. Un grito unánime resonó en el circo y Cesare, al ver el peligro que corría la joven, que luchaba desesperadamente con el leopardo, se lanzó en su auxilio y logró sacarla, desvanecida, pero sólo con una pequeña herida. La llevó en sus brazos y por el camino se dió cuenta de que la joven llevaba en la liga la insignia de ayudante de detective. Sonrió misteriosamente, pero no quiso a na-

dice darle cuenta de su descubrimiento. Poco a poco, auxiliada por otra compañera y por Cesare, Paula recobró el conocimiento y Cesare le dijo:

—No tenga miedo; ya está fuera de peligro. Afortunadamente, la herida no ha sido más que un pequeño rasguño sin importancia.

—Gracias a usted—exclamó la otra artista. Y, dirigiéndose a Paula, le dijo—: Le debe usted la vida a Cesare. Si no es por él, a estas horas estaría despedazada por el leopardo.

Aquellas palabras produjeron en el ánimo de Paula un efecto terrible. Es decir, ¿que le debía la vida al hombre a quien iba a denunciar dentro de pocos minutos? ¿Iba a pagar con semejante acción la nobleza de haberle salvado la vida? La bondad de su corazón se revelaba ante este acto y formó el propósito de ocultar la verdad.

—Le estoy muy agradecida—exclamó, al fin, Paula, cuando quedó Cesare con ella solo—. Procuraré corresponder a su conducta.

—Paula — exclamó Cesare, intentando atraerla hacia él—, ya sabe usted que el único pago que quiero es su amor; que me ame usted un poco y seré el hombre más feliz de la tierra.

Paula sintió por primera vez en su vida un miedo terrible; pero en aquella ocasión comprendía que había que hablar con toda sinceridad y le respondió:

—El amor es sólo mío, Cesare, y yo sólo le debo la vida; procuraré pagarle en igual forma.

E iba a intentar nuevamente convencerla, cuando se presentó el detective y Paula exclamó:

—Permitame que vaya a saludar a ese amigo mío.

Demasiado sabía Cesare quién era aquel hombre; mas, no obstante, quedó esperándola en el carro y espiando sus palabras.

—He recibido su aviso—principió diciendo el detective—. ¿Ha descubierto usted ya algo?

—Le llamé para decirle—titubeó Paula— que he fracasado en mis pesquisas y no puedo ocuparme más del asunto.

Había en las palabras de la joven tan poca firmeza, que el detective se acercó a ella y le dijo, en tono amenazador:

—¡Usted miente! ¡Usted oculta algo y esta noche he de llevarte preso a alguien: a usted, por encubridora, o al verdadero criminal!

—Puede usted hacer lo que quiera, pero le he dicho la verdad—respondió Paula.

—Piénselo usted bien—terminó diciéndole

el detective—. Me voy a la pista y usted no se mueva de aquí hasta que la función haya terminado.

Cuando Paula volvió al carro donde estaba Cesare éste la estrechó la mano y le dijo, commovido:

—Gracias, amiguita; se ha portado usted muy bien conmigo.

—Vida por vida—respondió Paula—. Usted me salvó la mía y yo le he salvado la suya. Estamos en paz. Ahora huya usted cuanto antes.

—Ahora es cuando no puedo huir—exclamó Cesare acercándose a ella—. Es usted demasiado hermosa para que pueda separarme de su lado. La quiero a usted, sea como sea, y no cesaré en mi deseo hasta verlo realizado.

En la mirada de él se reflejaba un frenético deseo y Paula intentó huir. Fué inútil; ya Cesare la había alcanzado y pretendía, a la fuerza, besarla. La lucha que se entabló entre uno y otro fué desesperante y no cabía duda que, de no ocurrir algo extraordinario, la pobre joven sucumbiría ante la fuerza de su enemigo.

Treinta minutos antes de la hora convenida, Cristian había llegado al muelle para esperar a su amada. Apenas desembarcó, cuando de uno de los maderos que pendían sobre él se le arrojó un cuerpo pesado, que preten-

dió estrangularlo. Era Lena, que, enviada por su dueño, iba a cumplir lo que tantas veces le había ordenado. Pero en este caso tenía que luchar con la fuerza de su enemigo, que no era pequeña. El monstruo atenazaba con los brazos el cuello del marino y éste veía que por momentos se le acababa la respiración. Hizo un esfuerzo y sacó de su bolsillo un cuchillo marino y lo hundió varias veces en el cuerpo del animal, que, al verse herido, arremetió con más furia contra Cristian. Se entabló una lucha horrorosa, que la oscuridad del sitio hacía aún más tétrica; pero poco a poco la resistencia del mono fué siendo menor, hasta que quedó tendido en el suelo a causa de las heridas recibidas.

Al verse libre Cristian, pensó que algo debía ocurrirle también a Paula, y sin preocuparse del estado en que estaba y del lamentable aspecto que ofrecía con todas las ropas desgarradas, echó a correr hacia el circo y entró en el carro de Cesare en el preciso momento que éste luchaba con Paula. La joven, al ver a su novio, dió un grito de alegría, a la vez que el cosaco se preparaba para la lucha.

—¡Miserable! — exclamó Cristian —. Ha enviado usted una fiera monstruosa para que me matara, ¿no es cierto?

Cesare se echó a reír, lanzando una sardónica carcajada, mientras decía:

—Pero veo que esta vez Lena no ha cumplido mis órdenes.

—¡Infame! —gritó Paula—. Yo he saldado mi deuda y, sin embargo, usted había preparado una celada para matar al hombre que amo.

Al oír que amaba a Cristian, la nube de los celos se apoderó del cosaco y se lanzó como una fiera sobre el marino, que supo hacerle frente. Rodaron los dos por el suelo con el afán de exterminarse uno a otro, mientras que Paula, en un rincón de la sala, veía con horror la lucha que se desarrollaba. La llegada de Lena, manando sangre, la hizo correr alocada hacia otro departamento y encerrarse allí; pero la desgracia la seguía, y mientras ella entraba por una puerta, el animal penetraba por otra, quedando la joven a merced de aquél repugnante monstruo. El animal, en su agonía, se acercaba cada vez más a la joven, pero al ver un revólver en el suelo, con esa curiosidad propia de los animales de su raza, se apoderó de él y Paula creyó llegado su último momento; mas un rasgo de serenidad la salvó. Tomó otra pistola y, accionando con ella, consiguió que Lena imitara sus mismos movimientos. Metió en el gatillo el dedo e hizo como que disparaba. La mona realizó el mismo ademán y la bala se le incrustó en la cabeza, rodando mortalmente herida.



—¡Ahora se cuantio me emas

Cuando se vió libre de ella corrió en busca del detective y, en unión de varios policías, entraron en el carro donde había dejado a Cesare y a Cristian, y se apoderaron de aquél.

—¿Es éste el asesino?—preguntó el detective, señalando a Cesare.

—No—respondió Paula—. El asesino es éste—y señaló al orangután—. Este hombre es su maestro y aquí tienen ustedes las alhajas que ha robado.

Las pruebas no podían ser más convincentes, y mientras que los policías se llevaban al cosaco, el detective, acercándose a la joven, le extendió el cheque, a la vez que le decía:

—Ya puede usted comprar el barco que quería y casarse con su novio.

Entonces fué cuando Cristian se dió cuenta del amor que “La mujer del Leopardo” sentía por él y, estrechándola entre sus brazos, exclamó:

—¡Ahora sé cuánto me amas, Paula!

—Y yo sé también ahora — respondió ella—cuál es la verdadera felicidad de la vida.

FIN

ZANGMANIA

REVISTA
MUSICAL
ILUSTRADA

Números extraordinarios 60 céntimos

- Núm. 1.—ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
LA INGLESITA. Agustín Irusta.
Núm. 2.—EL CARRERITO :: POMPAS DE
JABON. Lucio Demare.
Núm. 3.—NIÑO BIEN :: AVE NOCTURNA
Roberto Fugazot.
Núm. 7.—BARRIO REO :: ALAS
Irusta - Fugazot - Demare.
Núm. 9.—LA CIEGUITA :: SILBIDO. Gardel.
Núm. 12.—DESIILUSION :: EL RUISENOR.
Eduardo Bianco.
Núm. 15.—COMPADRON :: PERDONA... CHE
Spaventa.
Núm. 17 — LA BORRACHERA DEL TANGO
MU HACHITO. Mario Melfi.

Números corrientes 40 céntimos

- Núm. 4.—LA REJA. Marcucci.
Núm. 5.—MIS LOCOS SUEÑOS.
Eugenio Galindo.
Núm. 6.—VIDALITA.
Bachicha (I. B. Deambrogio).
Núm. 8.—ARRABAL. May Turgenova.
Núm. 10.—LLEVATELO TODO. Giliberti.
Núm. 11.—CARNE DE CABARET.
Imperio Argentina.
Núm. 13.—MOSQUITA MUERTA.
J. Manuel Calvi.
Núm. 14.—CANCIONERO.
Manuel Buzón.
Núm. 16 — BARRIO VIEJO Guillermo Barbieri.

PEDIDOS A

BIBLIOTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Imprenta Comercial. Valencia, 234. Apartado 707. Barcelona